

Reseña

La nueva economía psíquica. La forma de pensar y gozar hoy, de Charles Melman, con prólogo de Jean-Pierre Lebrun.

por Ana Cecilia Gonzalez

Tal como se anuncia en el prólogo, este libro es un conjunto heterogéneo compuesto por 5 partes:

- 1- la transcripción de un seminario de 3 días dictado por Melman en Curitiba, en abril de 2002, titulado “Nuevas formas clínicas”
- 2- Un debate en torno al libro titulado “El hombre sin gravedad. Gozar a todo precio” (Melman entrevistado por Lebrun, 2002) con Pierre Beckouche (especialista en geografía y economía del CNRS y Paris X) y Marcel Gauchet (historiador y filósofo, editor de la revista *Le Debat*) como invitados. Diciembre de 2002
- 3- Entrevista de Melman con Lebrun, Paris, enero-agosto de 2008.
- 4- Una conferencia dada por Melman en Bruselas en 1999, titulada “El sujeto del matriarcado”
- 5- Otra conferencia de Melman sobre el matriarcado que tuvo lugar en Recife en 2008.

Según nos explica Lebrun, este libro parte de una pregunta crucial: “¿Es el psicoanálisis capaz de responder al nuevo desafío que supone la transformación cultural a la que asistimos?” Destaquemos que la pregunta ya presupone dos cosas: que asistimos a un cambio cultural “sin precedentes”, y que tal cambio podría poner en duda la eficacia del psicoanálisis. De hecho esta pre-suposición ya ha sido objeto de crítica a propósito de “El hombre sin gravedad”, según comenta Lebrun en las entrevistas de 2008. Melman responde que ha de ser gente adherida de manera atávica a sus saberes y al poder que esos saberes les confieren la que no pueda constatar que la economía psíquica contemporánea es “completamente nueva para nosotros”. En síntesis: esta crítica se originaría en resistencias de los analistas. Podríamos decir que para el autor el cambio cultural y el surgimiento de una nueva economía psíquica son “evidentes”. De allí que en su seminario y conferencias enumera los signos de ese cambio.

Lo que resulta claro es que considera necesario que el psicoanálisis “piense y teorice” en torno a la cultura y sus mutaciones, y este es el fin de la colección “Humus. Subjetividad y lazo social” de la editorial Érès, a la que pertenece este libro. Puesto que el objetivo que organiza este centro de investigación (P&S) es pensar e investigar entorno a “(...) *la relación entre el psicoanálisis, los discursos sobre lo social y los saberes que a ellos conciernen*”, nos interesa especialmente conocer la opinión de Melman sobre esta cuestión. Encontramos su posición proferida en el debate con Beckouche y Gauchet. El autor sostiene que los psicoanalistas podrían dar respuesta a algunas preguntas formuladas desde las ciencias sociales, y de hecho es lo que hacen, “no se privan de ello”. Sin embargo, agrega, no sería provechoso que el psicoanálisis funcionara según conceptos desprendidos de las ciencias sociales, ni lo inverso. “Levi-Strauss no es Lacan”, dice literalmente, sosteniendo la irreductibilidad de cada disciplina. Quizás por eso estas conferencias, debates y seminarios no tienen otras referencias que las de Freud y Lacan, aunque algunos conceptos utilizados por el autor, como por ejemplo “patriarcado / matriarcado” (a los que les da una definición “psicoanalítica”, por así decirlo), pertenecen claramente a un campo otro que el psicoanálisis.

Pasemos ahora a considerar la hipótesis fundamental: Melman postula la emergencia de una “nueva economía psíquica” correlativa del cambio cultural, pero además y más precisamente, sostiene que “estamos asistiendo a una evolución hacia el matriarcado generalizado que sustituirá al patriarcado devenido obsoleto”. El autor postula la estructura de este régimen matriarcal, que aquí describiremos muy brevemente. Se trata de una economía psíquica en la que el aparato que asegura la transmisión fálica es una operación de donación imaginaria, efectuada por la madre. Esta transmisión es un don directo que no pasa por la “cirugía absurda de la castración”. Entonces el dominio materno es el mundo del confort, la dulzura, la tibieza, la bondad de la positividad materna. En este régimen el significante no reenvía a otro significante sino a un objeto ideal que se encuentra sustanciado y que por lo tanto se ofrece para ser cogido, asido, poseído, ofrecido al consumo. Este objeto opera como índice para el reconocimiento del sujeto, es decir, índice según el cual el sujeto es admitido o rechazado del campo de representación.

De esta economía psíquica resulta el hombre “sin gravedad”, definición que se apoya en una cita de Lacan del seminario “De un discurso que no fuera del semblante” (sesión del 16 de junio de 1971, versión de Seuil pag. 173-174). Lacan plantea dos cuestiones: “(...) *el padre no sólo está castrado, sino que está precisamente castrado al punto de no ser sino un número. Esto se indica claramente en las dinastías (...)*” (habría que cotejar la traducción). Y en contraposición: “*La madre en su linaje es, yo diría, innumerable. Es innumerable en todos los sentidos del término, porque no hay punto de partida*”. De allí Melman sostiene que la instauración del matriarcado supondría la desaparición del punto 0, dejando al hombre suspendido, sin centro.

Como ejemplo de funcionamiento matriarcal se menciona la sociedad de la isla de la Martinique, donde el autor habría advertido por primera vez dicho funcionamiento, que allí operaría “a cielo abierto”. Pero fuera de esta mención, se echan de menos los casos clínicos que podrían fundamentar la introducción de esta hipótesis. De hecho, esta es la segunda crítica al trabajo de Melman que Lebrun apunta: la clínica en la que se sustentan sus tesis es débil y sólo daría cuenta de la impotencia ante determinados pacientes. Nos interesa la respuesta del autor: Melman afirma que no pretende describir casos clínicos, sino sugerir algunos “grandes rasgos de esta nueva economía psíquica”, invitando a los colegas a constatar estos hechos, aunque no ha obtenido, según dice, ninguna respuesta... Lo cual, en su opinión, no demuestra que estos hechos no existan o que hayan dejado de evolucionar. Una vez más lo pone a cuenta de las resistencias de los colegas, y a la “lentitud mental” que hace que no aceptemos escuchar la “aulladora evidencia”. Y agrega: “La evidencia es absolutamente cotidiana y está en todas partes”. Veamos entonces cuáles son esos “grandes rasgos” que Melman enumera, y que constituyen una suerte de diagnóstico del estado actual de la civilización.

- “*Delicuescencia del Otro*”: La cultura occidental, desde Homero al menos, se ha organizado en torno a “grandes textos”, de cuales el último ha sido sin duda el del marxismo. Estos textos servían de Gran Otro, es decir de lugar transferencial y organizado por el lenguaje. Tales textos nos indicaban de qué manera vivir, pensar, morir. El autor señala entonces como fenómeno “mayor” de nuestro tiempo la caída de tales textos (aunque dice texto en vez de relato la

referencia a Lyotard, sin ser nombrado, es evidente). Del desinvestimiento general de los grandes textos fundadores de nuestra cultura deduce la “delicuescencia del Otro”, que su vez tiene por resultado el predominio del diálogo horizontal con los semejantes, sin dar más atención al mensaje que podría venir del Otro. “Es como si hubiera una forclusión del Gran Otro”. El autor incluso vas más lejos: estaríamos por primera vez en la historia ante un hombre que ya no recibe su mensaje del Gran Otro. Así, por momentos parece predecir un “mutante” más que un sujeto bajo una “capa protectora de plomo”, tal como apunta Lebrun durante el debate de 2002. Las razones que darían cuenta de este cambio son variadas, a saber: la decepción respecto de los saberes a partir de la caída de la ideología comunista; la economía liberal y su ideología, que invita a los sujetos a abolir todas las restricciones al goce que podrían venir del Gran Otro, que busca asegurar el goce de todos (“estamos todos invitados a vivir en el exceso”), y según la cual lo “políticamente correcto” es legitimar cualquier goce (ej. el derecho a adopción de parejas homosexuales, pag.65); el progreso tecnológico, en particular Internet, que propicia la comunicación horizontal a nivel global, lo cual implica que cada quien renuncie a sus particularidades culturales y “textos fundadores” en función de la “aldea global”; las relaciones comerciales que se basan en el contrato, es decir en relaciones duales, que acaban sustituyendo a la ley, la cual implica la terceridad del Otro; el desinvestimiento del lenguaje a favor de modos de comunicación más directos como el signo y la imagen; finalmente, la posibilidad científica de dominar la reproducción, que hace caer la relación al Otro en tanto garante de la fecundidad y la potencia fálica.

- Como consecuencia, ya no dependemos de un amo, de un jefe, sino de los objetos de consumo ofertados al goce, que se nos han vuelto indispensables. *Todos somos adictos, toxicómanos en sentido amplio.*
- La *decadencia de la función paterna o del nombre del padre*: Melman piensa que una razón por la cual Lacan provoca tanta agresividad es que hace valer el patriarcado en el pensamiento laico. Pero a lo que asistimos hoy es al declive del nombre del padre, es decir del nombre propio del ancestro fundador de nuestro linaje. Este padre nos recuerda la deuda que tenemos respecto de él y los deberes que nos

impone, entre ellos el deber del goce sexual para celebrar su nombre, es decir para mostrar su potencia de fecundación. Es el padre guardián de la castración y del límite al goce. Entonces la economía liberal, que aspira a hacer saltar todos los límites a la satisfacción, tiene por resultado el descrédito de este nombre del padre. Además, este padre ya no es necesario para asegurar la reproducción. Esta crisis de la figura paterna ha comenzado en el siglo XIX, según Melman, como lo ejemplifica la obra de Balzac. La figura paterna está bajo sospecha y ha devenido anacrónica. El autor afirma que no es el deber de los analistas salvar al padre o “re-inyectar” el Edipo, sino ayudar a los sujetos a encontrar el camino en esta nueva configuración psíquica.

- *La promoción social del objeto a*: el objeto que era rechazado del campo de la representación por la *bejahung* freudiana, ese objeto obscuro, en exceso, hoy es juzgado digno de atención, de atraer la mirada, digno de representación, de hecho convivimos con esos objetos, “Lo que ayer estaba prohibido hoy ocupa el primer plano”. El autor nos remite a una formulación de Lacan (no se cita la referencia): “la civilización es la alcantarilla / la cloaca”, es decir el lugar donde arrojamos fuera de escena todos esos objetos que no tienen derecho de admisión en el campo de la representación. El mejor ejemplo de esto es la polución, la degradación ambiental. “Vivimos en medio de nuestra basura”, dice Melman. De lo que se trata en definitiva es de la promoción del goce objetual en detrimento del goce fálico. El pene se convierte en un objeto parcial más entre los demás. Ya no es un medio de goce, sino un objeto de goce más.
- *El goce unisex*: es una consecuencia de lo anterior. Este goce del objeto tiene la ventaja de abolir, en cuanto al goce, la diferencia sexual, porque los dos sexos se vuelven iguales en relación a un objeto que es el mismo. Esto favorece la bisexualidad.
- Finalmente algunos “trazos” nuevos en las figuras clínicas: ayer nos deprimíamos cuando perdíamos valor fálico a los ojos del Gran Otro, cuando nos alejábamos del ideal. La dignidad era reconocida de manera simbólica, y esta “bendición” valía de por vida. Hoy nuestro valor es un valor mercantil. Lo cual implica que debo luchar permanentemente para mantener este valor, para mantenerme dentro de los intercambios sociales, comerciales, mercantiles. Y es

por eso que las *depressiones* son hoy tan numerosas. El ejemplo al que recurre es el “parado”, el desempleado. Por otra parte, la *histeria* se concentra sobre su lado espectacular y teatral, que reconocemos en la vocación de pertenecer al mundo del espectáculo. La televisión tiene una serie de programas destinados a demostrar que cualquiera puede acceder al mundo del espectáculo, que ese goce también es accesible para cualquiera, que se ha democratizado, como los goces en general (el ejemplo es “Gran hermano”). En estos programas es la moral pública la que se pone en juego y se decide democráticamente. Entonces la moral pública ya no depende de los libros fundadores, sino de lo que deciden los auditores. Es el público quien decide por voto democrático que está bien y que está mal, quien se queda y quien es expulsado.

- El *sujeto recibe su mensaje ya no del Otro sino del consenso social*, donde prevalece la dimensión horizontal. El sujeto recibe su mensaje de lo que llamamos la “opinión”. Y la opinión está siempre organizada por el goce, y ello de un modo ingenuo, sin reflexionar sobre ese goce ni sus condiciones. El mensaje es entonces, directo, simple, no requiere interpretación; el mensaje nos designa el buen objeto del cual gozar, el que podría satisfacernos. Y no es un semblante de objeto, sino un objeto real, aprehensible, consumible. Como ejemplo se refiere al pasaje del erotismo a la pornografía. Todos los goces están permitidos, salvo el de la pedofilia.
- ¿Cuál es *el estatuto del inconsciente* según este autor que anuncia la delicuescencia del otro? La hipótesis es la de un inconsciente sin sujeto, es decir, que está disociado del sujeto forcluido por la ciencia. El sujeto ha devenido atópico, no encuentra su lugar, no encuentra su orientación en la caída de un objeto que constituye su deseo y por lo tanto no encuentra nada que funde su realidad. Por ende tiene dificultad para diferenciar lo real de lo virtual.

Para concluir, resulta importante mencionar que Melman no cree que esta mutación cultural que él anuncia deba ser vista como un déficit grave, como un fin de la cultura, que es lo que fácilmente ocurre, según advierte. El autor no tiene la intención de hacer una predicción “catastrófica”. Por el contrario, piensa que con la caída del patriarcado se desvanece uno de las figuras esenciales aptas para soportar las reivindicaciones de cualquier tipo.

Y que por lo tanto debemos esperar a ver nuevas relaciones sociales, interesantes y construidas de otro modo que las nuestras.